

amor, de la hora y del olvido, y encarna una lógica no sistematizable. El tiempo de *Rayuela* es el tiempo de la Maga, la que llegó a estudiar canto en París ("sé que un día llegué a París, sé que un día estuve viviendo de prestado"), para que le reprocharan su normalidad ("pobrecita no entendías nada"). La Maga se llama Lucía, es mujer ("más de una vez la vi admirar su cuerpo en el espejo"), y recuerda cosas inolvidables ("un par de zapatos marrones que había usado en Olavarría en 1940"), ella, la de cara fina de piel traslúcida, un jueves de diciembre cruzaría el río Sena pensando en Montevideo ("mi vida... ni borracha la contaría"). Nació en Montevideo ("yo tenía siempre trece años"), su padre se pasaba las tardes tomando mate; su madre mu-

rió cuando tenía cinco años ("les estoy contando cómo me violó el negro del conventillo"); habla con sus amigos, les pregunta para que no le respondan ("a mí todo lo que me ha sucedido me ha sucedido ayer, anoche a más tardar") y añade pensamientos irrefutables ("para mí, entonces no es hace mucho. Entonces es lejos, muy lejos..."). También el tiempo de *Rayuela* es el de Oliveira en el manicomio.

Julio Cortázar nos ha propuesto que "sólo viviendo absurdamente se podría romper este absurdo infinito", porque ha desconfiado, a lo largo de todas las páginas, de los sentidos y de la palabra, imaginándose a sí mismo como un "piloto vertiginoso en una proa negra que cortaba el agua del tiempo y la negaba".



Una crítica a la crítica de la crítica

Jaime Goded

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Procura que tu enemigo no tenga nunca razón. Que no la tenga contra ti. Porque el hombre es el animal que pelea con la razón: quiero decir que embiste con ella. Te libre Dios de tarascada de bruto cargado de razón.

Antonio Machado, Juan de Mairena.

De acuerdo con las cifras estadísticas (reino de la probabilidad), la literatura es, en México, el privilegio desaprovechado de un grupo extremadamente reducido de personas que saben leer y escribir, y que pueden hacerlo. Triste situación la de nosotros, habitantes de un país dependiente que presenta (aumentados) todos los defectos de la sociedad de masas y ninguna de sus pocas cualidades, donde lo importante es competir y ganar lo que se pueda.

No es extraño pues que tres jóvenes, miembros del grupo privilegiado de los que tuvieron la oportunidad de aprender a leer, escriban tres cuartillas acerca de un tema tan apasionante y del que es necesario decir algo: la crítica literaria. Aspecto importantísimo de nuestra cultura olímpica, no es posible pasar por alto la inexistencia de una crítica veraz, objetiva e inteligente que guíe,

que aconseje y abra los ojos del lector desorientado por tanta literatura “sin trascendencia, sin interés”.

Es obvio que si tres estudiantes justamente preocupados por el estado actual de la crítica en México pueden escribir sus opiniones, es precisamente porque la crítica ya no es un privilegio, ni siquiera un oficio; todos podemos y debemos practicarla: la crítica es una necesidad (buena o mala, constructiva o destructiva, ése es otro problema). El intercambio de opiniones e ideas es siempre fructífero, aunque sólo sea para robustecer los propios puntos de vista. Es aventurado el pensar que la crítica literaria deba ser una vocación; cualquiera que sepa y se atreva a leer y a escribir tiene derecho a criticar lo que otros leen o escriben. Y si alguien practica la crítica literaria porque tiene necesidad de comer, tanto mejor (en el supuesto de que se le pagara lo suficiente para lograrlo).

Desgraciadamente los llamamientos (¿a quién?), para la fundación de una crítica literaria preparada, comprometida y de alta calidad, aparecidos en el número siete de *Punto de Partida*, adolecen de todas las objeciones que sus autores hacen a la crítica existente (a veces) en nuestro país. Ahí, la primera nota (*Más crisis que crítica*, de Vinicio Marquina) contiene dieciséis adjetivos calificativos y ninguna aportación o consejo basado en hechos o en referencias. Se lanzan varias acusaciones y se establecen diversas suposiciones sin apoyarse en ningún argumento demostrable; en fin, que no se puede. Decir que la crítica literaria es “nefasta, oscura u obvia, ligera o incomprensible”, que no aporta “nada constructivo, ni destructivo siquiera”, que constituye “una pésima orientación”, que se encuentra “gobernada”, “desencaminada” o “confundida” debido a la influencia de “mafias y submafias”, para concluir que “es necesario que se logre promover la crítica de todo tipo como una cuña para catalizar la ruptura de ese círculo vicioso, por las personas indicadas, que sí existen en el medio mexicano”, es no decir o decir muy poca cosa.

La afirmación, así nada más, de que “un grupo de críticos especializados vendría a manifestarse en un aumento de lectores en las diferentes publicaciones de México”, suena a propaganda y a pedantería; si así fuera, parece lógico que las compañías editoras y los libreros ya se habrían encargado (por la cuenta que les tiene) de “especializar” a unos cuantos críticos.

La opinión que se pueda tener acerca de cualquier libro no es más que eso: una opinión, y como tal no debe tomarse siempre en cuenta, al menos no tanto como la toman nuestros tres críticos, ni tan en serio, porque, si se le da tanta importancia a algo que no existe (o que apenas existe), se corre el peligro de convertirse en un crítico más de la crítica, con todas sus desagradables consecuencias dialécticas. Al menos, ésta es mi opinión (buena o mala, pero opinión al fin).

